

juela de su herencia clásica fué más cuantiosa y comenzó a disfrutarla plenamente mucho antes que Europa, sumida ésta durante largos siglos en la incultura que trajo consigo la invasión de los bárbaros; pero, además, el Islam recibió su hijuela clásica, acrecida con las aportaciones culturales de otros pueblos de oriente, Persia, Siria, Egipto e India, extraños, hasta el siglo XIX, a la Europa occidental.

Esta cultura islámica, peregrina mixtura de clasicismo y de orientalismo, fué pronto asimilada por la Europa occidental, gracias, singularmente, a España, en cuyo suelo ocho siglos de convivencia entre el Islam y el cristianismo permitieron, más que en otros pueblos mediterráneos, conocer a fondo e imitar los modelos islámicos en la lengua, en la literatura, en las ciencias y en las artes.

La lengua española atesora, en efecto, un copioso caudal de voces árabes, familiares al oído marroquí y pertenecientes, así al léxico de la conversación ordinaria, como al de la toponimia. Los objetos y utensilios de la vida diaria, las herramientas e instrumentos de muchas artes e industrias, los nombres de aldeas, pueblos, ciudades, ríos y montes, se expresan en nuestra lengua con voces calcadas del árabe vulgar español, gemelo del marroquí.

Los más profundos pensadores de la España medieval, el zaragozano Avempace, el guadijeño Abentofail, el cordobés Averroes, fueron marroquíes por residencia, tanto como españoles por su cuna; y así, la gloria internacional que con su ciencia conquistaron para nuestra patria, recae también sobre el Magreb. Dígase lo propio de otra pléyade numerosa de hombres de ciencia hispano-musulmanes que a ambos lados del Estrecho cultivaron con éxito las varias disciplinas de la enciclopedia medieval, la medicina, la astronomía, la agronomía, la botánica, la física y la alquimia, enriqueciendo con sus descubrimientos el patrimonio de la cultura occidental.

En las artes bellas, singularmente en la arquitectura, en la música y en la literatura, los marroquíes se tienen que sentir hermanos nuestros, más todavía que en la abstrusa esfera de las ciencias. Al contemplar los maravillosos monumentos que nos legaron los alarifes hispano-árabes, no podrán menos de adver-